

## Capítulo XXIII

### SAN JORGE, RIVAS, CEIBA (LA ISLA DEL MUERTO)

Desperté a las cuatro de la mañana, al ruido de las olas embravecidas y levanté a todos los hombres, a pesar de que tenía pocas esperanzas de que mi ardiente Capitán tuviera el valor de cabalgar los potros de blancas crines que, persiguiéndose los unos a los otros, se dirigían a la playa, sin puerto, de Rivas. Pero dos dólares tenían más valor de lo que yo creía y después de que hubo tomado una buena dosis de ron contra los "ligeros" escalofríos de calentura (no se atrevía a tener "fuertes" escalofríos porque detestaba tanto la quinina como amaba el ron), levamos ancla y pusimos el timón, con sólo el foque, hacia la tierra firme.

El alto, estrecho bote se balanceó lo más que pudo y tomó más agua de lo que era necesario, pero no había escasez de brazos. Después de media hora de viaje, saltamos, precisamente cuando el sol salía, a toda velocidad a través del oleaje de la playa. En el mismo instante que la quilla arrastraba contra el fondo, saltaron los indios al agua, pusieron barras bajo el bote y con la próxima ola estábamos en seco.

En la playa, que tenía claras señales de la violenta fuerza del oleaje, había sólo una casa, un galpón de mercaderías que al pie de un largo muelle construido sobre 20 ó 30 "chiqueros" de piedra para el servicio de los vapores. El llamado puerto de San Jorge se encontraba a algo más de un kilómetro tierra adentro y hacia allí me dirigí para hacer el viaje a caballo hasta Rivas.

San Jorge es una pequeña, fea, ciudad desparramada en una gran superficie. Tiene dos iglesias, de las cuales, una de adobe, muestra los rasgos de algunos adornos arquitectónicos en la fachada. En una de sus esquinas se alza una torre masiva cuadrada. Una gran parte de las casas del pueblo son de adobes, pero feas y en mal estado.

Busqué a la persona para quien tenía cartas de presentación y me informaron que estaba donde el "Gobernador" de la ciudad, el señor Obregón.

Allí lo encontré, fui presentado al Gobernador, un hombre pequeño y rechoncho, con una figura de capitán de barco de pesca, ocupado en su espaciosa vivienda en vender tragos a sus paisanos de la ciudad. Después de una larga discusión política pude arrendar el caballo del propio gobernador; la silla de montar se la arrendé a otro ciudadano y el freno a un tercero. Así, bien equipado, de medios de transporte, dejamos sin lamentos algunos y seguido de mi rechoncho amigo, el puerto de San Jorge.

El camino a Rivas, atraviesa tierras bien cultivadas y para ser en Nicaragua, densamente pobladas. Como la distancia entre las dos ciudades no es mayor de unos 4.6 kilómetros, pronto divisé la iglesia mayor o catedral, con la cual ya había entrado en conocimiento desde el volcán en Ometepe. Los barrios exteriores de la ciudad se componen, como en todas las otras ciudades de la República de pequeñas y limpias chozas de indios situadas en medio de huertos llenos de flores, los que hacían aquí como en otras partes, una impresión muy agradable. Más lejos, en el centro de la ciudad, se encuentran casas más grandes, en parte de adobes, en parte de madera. Están a la orilla de las calles, y son a menudo muy grandes, de manera que una sola casa puede ocupar una o media manzana.

La gran mayoría de las casas tiene un solo piso, y la razón para ello es el hecho de que Rivas es conocida como la ciudad de la República más expuesta a temblores. La ciudad ha sufrido muchos de ellos, sobre todo en 1844, cuando la grande y aún no terminada catedral, fue dañada, lo mismo que un buen número de las casas más importantes del centro.

Este poblado se ha llamado antes, y así se le señala aún en numerosos mapas, Nicaragua; pero ya al fin de la colonia su nombre oficial era Rivas. Había sido una floreciente ciudad indígena y capital del reino de los Niquiranos. Fue aquí donde el Cacique Nicarao recibió al Conquistador de Nicaragua, Gil González de Avila, en el año 1522, y 9,000 de sus súbditos se convirtieron al Cristianismo, o mejor dicho, se hicieron bautizar.

Los alrededores de la ciudad muestran que era una antigua población y con su territorio bien provisto de agua y su rico suelo, es ésta una de las más fértiles regiones de la tierra. Mas no han sido sólo los repetidos temblores y terremotos los enemigos mortales del bienestar y desarrollo de Rivas, ha sufrido aún más de las repetidas revoluciones y guerras civiles, porque la rica y abierta provincia de Rivas ha sido una de las presas más codiciadas por los partidos revolucionarios, que por períodos largos o cortos, han tenido el poder en sus manos. Fue aquí también donde tuvo lugar la última y definitiva batalla contra William Walker y su tropa de aventureros norteamericanos en el año 1857, por los ejércitos unidos de Nicaragua, Costa Rica y Honduras. En muchas casas de la plaza aún se ven las señales de las balas de rifles y cañones.

Las casas más grandes de Rivas están construidas en el estilo hispanoamericano: largas filas de habitaciones alrededor de uno, o frecuentemente, dos patios. El salón o lugar de recibo se encuentra en la parte anterior,

a menudo en una larga varanda o corredor que toma toda la fachada. Del salón de recibo —o si el propietario es negociante, de la venta— se pasa al primer patio, el que es corrientemente un bonito jardín, con animales domesticados, tales como venados o monos, garzas u otros pájaros de adorno. Alrededor de este patio se encuentran las piezas o dormitorios de la familia. El segundo patio y los cuartos que lo rodean están enteramente dedicados al servicio.

En la ciudad me hospedé en el Hotel y me dediqué, después de un baño refrescante, a visitar a las personas para quienes tenía cartas de introducción, y ante todo, al Dr. Earl Flint, un investigador de arqueología conocido aún fuera de las fronteras de Nicaragua, y que ha dado contribuciones científicas al conocimiento de la historia de su nueva y segunda patria. Me recibió de la manera más amable y me dio importantes informaciones sobre las cuestiones que más me interesaban en relación con las investigaciones arqueológicas que yo intentaba hacer en mis futuras excursiones alrededor de las playas del Lago de Nicaragua.

Después de dos días de visita en Rivas, me dirigí a San Jorge para regresar en bote de vela, con las cajas para mis colecciones en Ometepe, a Moyogalpa. Mi valiente Capitán encontró el tiempo demasiado malo para navegar hasta la isla. En los dos días que esperamos por mejores perspectivas de buen tiempo, visité a caballo las pequeñas ciudades indígenas al norte de Rivas: Buen Aire, Belén, Obraje, Potosí. Todas eran bellas y agradables con sus fértiles jardines y su amable y amistosa gente, casi sin excepción, indios. Buen Aire y Belén son famosas por las jícaras y huacales, artísticamente labradas, que allí se hacen y que alcanzan un alto precio. Son las mujeres las que se ocupan en labrarlas. Además, allí se fabrican notables hamacas, cuyos precios varían desde 5 hasta 40 ó 50 dólares, según sea su calidad.

Finalmente, en la mañana del tercer día, pudimos hacer un esfuerzo con la tripulación reforzada, para salir de San Jorge. Pero cuando ya habíamos salido del oleaje de la playa, encontramos la marejada tan fuerte que era imposible usar los remos que llevábamos a bordo, para mantenernos lo suficientemente estables como para poner la vela. Hubo una especie de motín a bordo, unos amenazaron al Capitán, otros comenzaron a lanzar toda especie de juramentos, y emocionado y atemorizado, cayó José de rodillas en el pequeño puente de proa y comenzó a balbucear “Padrenuestros” y “Ave marías”, las unas tras de los otros. Tomé el timón, y con la ayuda de López y de Boström, hicimos dar vuelta al bote, después de lo cual, desembarcamos de nuevo en la playa de San Jorge.

Con un Capitán tan imposible no tenía deseos de hacer un nuevo viaje, así es que le pagué enteramente el precio convenido y una suma además por dos días extra y cambié mi equipaje a un lanchón de mercaderías que tenía el pretencioso nombre de “El Volador”, que esa misma tarde debía hacerse a la vela para Moyogalpa.

Antes de esto, sin embargo, hube de entrar en conflicto con la autoridad local, porque José, herido en su amor propio por la desconfianza que mostraba en su pericia como marinero, y temiendo ser abandonado por su tripulación, se apresuró a quejarse al Gobernador de San Jorge exigiendo que yo debía seguirlo de regreso a Ometepe.

A consecuencia de ello tuvimos a la hora del almuerzo una divertida comedia. El pequeño y rollizo Gobernador, montado en un burro blanco y con la mano en la cintura, escoltado por siete soldados que marchaban a paso de ganso, llegó hasta mí al fin de la playa. Se apeó de la cabalgadura en el muelle, donde yo estaba sentado sobre una piedra, y con una apariencia temible, con altas cueras y un enorme revólver colgado de la cintura y los siete soldados formados en línea con las bayonetas caladas, se aproximó donde yo estaba. Le ofrecí asiento en otra piedra que tenía al lado y le rogué me dijese su cometido. Después de una larga perorata en la cual repetidas veces me hizo saber la responsabilidad e importancia de su alto cargo, le di una breve reseña de lo sucedido y le hice ver la injusticia del reclamo de José. Quedamos como buenos amigos y José recibió algunas sacudidas y una lluvia de regaños entre los cuales la palabra "asno" se repetía a menudo. Además, quedó advertido que debía trabajar bajo mis órdenes por dos días más, ya fuese aquí o en Ometepe. Después que el Gobernador se hubo despedido de mí con la declaración que él y toda su familia siempre estaría a mi servicio, la autoridad se fue de la playa con no menor pompa que la mostrada al venir.

Inmediatamente antes de la caída del sol nos hicimos a la vela, y "El Volador" necesitó 10 horas y media para hacer la travesía de 15 kilómetros hasta Moyogalpa.

Allí pasé algunos días empacando mis colecciones para mandarlas por correo marítimo. Entretanto, llegó mi nuevo bote, el "Isabella" con la tripulación que el dueño se había comprometido a darme: un capitán, Ignacio Argüello, y un marinero, Luciano. Después de una cordial despedida de nuestros numerosos amigos de Moyogalpa, salimos de Ometepe y pusimos el timón rumbo al Norte.

En la pequeña, alta pero plana isla Tinaja, nos detuvimos brevemente. Allí tiré dos grandes iguanas (*Iguana sp.*), de la misma especie, pero de color enteramente diferente. Medían entre 80 y 90 centímetros de largo, de la punta de la nariz a la raíz de la cola. Las iguanas que había tirado en el período de las lluvias eran mucho más oscuras de color que los ejemplares de la misma especie tirados durante el período seco del año. Es muy probable que la iguana tenga el don de cambiar de color —mimetismo— conforme al de los alrededores en que vive. Así tiene un medio de protección notable contra sus enemigos, porque es sumamente difícil distinguir una iguana amarilla y gris claro de la rama seca de la cual está agarrada, o bien una iguana verde oscura entre la arboleda espesa de un Ficus o una Acacia. De las que maté en Tinaja, la variedad amarilla clara vivía entre ramas secas y troncos de la playa, la otra, café oscuro, por el

contrario, en los árboles en la cima de la isla. Ejemplares de esta última ya había tirado antes en el río San Juan, donde su color es verde oscuro.

De Tinaja hicimos vela por el pequeño canal que separa la punta suroeste de Zapatera, el Rincón de los Viejos, de la tierra firme. Esta después avanza en una lengua de tierra, larga, estrecha y baja, en la cual hay un pueblecito con el nombre de "Menco". La punta misma de la lengua de tierra forma una altura de 25 a 30 metros de alto: El Boquete. Estábamos ahora dentro de Charco Muerto, una bahía de 6 kilómetros de largo por 3 ó 4 kilómetros de ancho, que entre Zapatera y la tierra firme forma el único verdadero puerto que se encuentra sobre las playas del Lago de Nicaragua. Este puerto es también uno de los mejores que se puede desear con un buen fondeadero para anclas y bastante profundidad para los más grandes vapores. La parte más al sur de Charco Muerto está ocupado por extensas isletas de hierbas y dos pequeños montículos formando el delta del río Ochomogo.

Pasamos después lentamente por la costa oeste de Zapatera, la que se encuentra cortada a pico, mostrando más a menudo grandes alturas que sonrientes playas, mas en ninguna parte trazas de cultivos, porque la isla está deshabitada, con excepción de un pequeño establecimiento en la bahía del Chiquero por el norte.

En La Ceiba (lo que Bovallius describe bajo el nombre de Ceiba es la Isla del Muerto, propiedad de la comunidad indivisa de Zapatera. Nota del Traductor), una isleta montañosa cerca de la costa noroeste de Zapatera, desembarcamos para pasar la noche. Fuimos recibidos en la playa por una señora anciana y majestuosa de cabellos blancos, que inmediatamente me tomó por médico. Su marido yacía, desde hacía varios días, con fuerte fiebre. Los dos ancianos vivían allí solos. Cuando hube dado al anciano el cuidado necesario y después de dar una vuelta alrededor de la pequeña isla, decidí quedarme aquí, por lo menos un día, para dibujar algunos petroglifos bien conservados, aunque casi cubiertos de musgo, que encontré encima de una montañita de forma curiosa al lado este de la isla. Forma aquella una larga, redonda, enteramente plana pizarra, que me recordaba el dorso de una ballena. Se veían sólo algunos de los dibujos cuando subí a la colina, pero cuando comencé a raspar la tierra y remover el musgo, se pusieron al descubierto muchos más. Otros se encontraron en la playa sur en parte sobre el paredón mismo, en parte sobre bloques separados.

El aplanado montículo se llama Cerro del Panteón, probablemente debido a los dibujos que allí se encuentran. Es el punto más alto de la isla, más o menos a 60 metros sobre el nivel del lago. Su longitud es de 80 a 100 metros y el ancho de la superficie casi en forma de ola, ligeramente ondulada, varía entre los diez y quince metros. Esta parte de la colina, ofrece un lugar especialmente favorable para dibujos. Por eso, los habitantes primitivos de la isla, se dedicaron tan ardientemente a ello, al punto que casi toda esa parte está cubierta de dibujos y grabados.

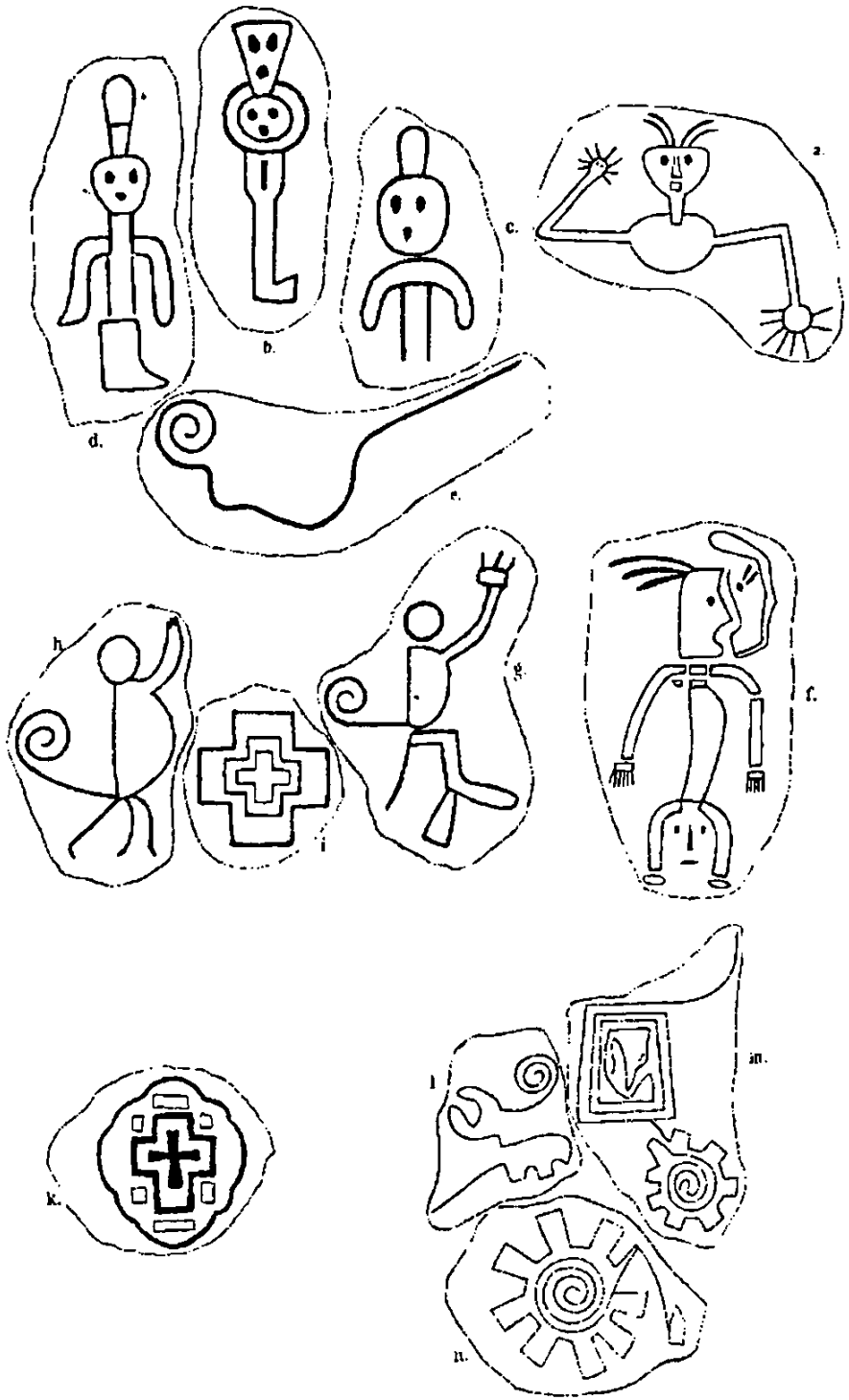
Los dibujos están, en general, grabados de manera igual y vigorosa, rayas de 2 a 4 centímetros de ancho y 2 de profundidad. Una parte de ellos, en la costa sur, se encontraban de un metro a un metro y medio bajo la superficie del agua, lo que parecía indicar que la isla se ha hundido considerablemente desde la época en que estos recuerdos fueron labrados.

Los más característicos están presentados aquí. La figura **a** yacía sola y era conocida de los indios de Ometepe, que visitaban la isla a menudo en sus viajes a Granada, con el nombre de "La Reina". Las otras figuras **b**, **c**, **d**, *son* representaciones de hombres. La figura **e** es una simple línea ondulada. La figura **f** representa a un Cacique o un sumo sacerdote, "el Obispo" según mis autoridades locales indígenas. Las figuras **g** y **h** representan monos. Las figuras **i** y **j** son cruces, las cuales, según la simbología tolteca —válida también para los aztecas y los mayas— representa a Tlaloc, dios de la lluvia y de la fertilidad. Las figuras **k** y **l** son dibujos de laberintos y la figura **m** un dibujo lineal en espiral. (Ver figuras en página 269).

Cuenta la tradición que en La Ceiba se encontraban antes numerosas estatuas, representando dioses y guerreros, pero que han sido llevados a algunas haciendas en tierra firme para servir de adornos. Dícense haber sido igualmente pequeñas, de no más de un metro de alto, trabajados en basalto negro y duro.

En esta mi primera estadia, y después cuando planté mis reales en el establecimiento de la Bahía del Chiquero, al frente de La Ceiba, hice varias excavaciones en diferentes lugares de la isla, en parte a la suerte y en parte siguiendo las indicaciones que recibí del anciano de la isla, Don Chico Mora.

Entre los objetos que se sacaron, me referiré a una pequeña figura humana sentada, que se me parecía a otra que vi en Ometepe, lo mismo que fragmentos de vasos y recipientes, cabezas de animales y el fondo de un vaso o tinaja de un trabajo muy especial del cual hablaré más adelante cuando describa mis hallazgos en Zapatera. El objeto más valioso fue aquí una pequeña figura que representa la cabeza de una lora, cuidadosamente labrada en una clase de piedra, dura, probablemente cuarzo o feldespato blanco.



## Capítulo XXIV

### ZAPATERA. LA BAHIA DEL CHIQUERO. LA PUNTA DEL SAPOTE

A través del conocido trabajo sobre Nicaragua de E. G. Squier (Nicaragua: Its people, scenery, monuments and the proposed interoceanic canal. Two volumes, London, 1852) fue sabido que numerosos ídolos se encontraban en la costa norte de Zapatera, al frente de La Ceiba. Por don Chico Mora obtuve la información que en la parte noreste de la isla se encontrarían las ruinas de una vieja ciudad con muchos ídolos. No los había visto él mismo, pero su informante, un anciano fallecido hacía tiempo, le había contado que, tanto paredes de templos como ídolos, se encontraban aún en sus lugares y que tiempo atrás, indios de la tierra firme acostumbraban venir aquí para ofrecer sacrificios.

Esta información hizo que después de una corta visita a Granada para conseguir municiones y víveres, viniera yo a Zapatera, desembarcando en una pequeña propiedad en la Bahía del Chiquero.

El hombre más importante en el pequeño poblado, don José Lobo, estaba casado con la hija de la pareja de ancianos de La Ceiba, doña Julia, por lo que me recibieron con la mayor buena voluntad y recibí toda ayuda, tanto en mi trabajo zoológico como arqueológico, de todos los habitantes de la isla. La población de ésta consistía en siete familias en otras tantas chozas. Pero como el espacio era muy reducido dentro de las casas, colgamos nuestras hamacas bajo una exuberante acacia, después de proteger mis cajones contra el viento del norte.

Nos encontrábamos ahora bien adentro del período seco del año, por lo que no había que temer de las lluvias y por lo que se refiere al viento sólo contribuía a hacer más soportable el calor, durante las noches. Doña Julia preparaba nuestras comidas, por lo tanto tuvimos, los tres, días muy agradables durante nuestra larga permanencia en la isla —y su bella hijita, Virginia, era una encantadora Hebé.

La Bahía del Chiquero forma un medio círculo, casi regular, rodeado de un pequeño respaldo de montañas que siguen la forma de la bahía y dejan



entre ellas y el agua una pequeña banda de tierra en la cual están situadas las chozas. La Ceiba se encuentra en el medio de la bahía a menos de un kilómetro de distancia y a juzgar por el aspecto del estrecho respaldo de montañas y la forma de la isla de La Ceiba, parece ser muy probable que la Bahía del Chiquero fue antes el cráter de un volcán ahora desaparecido y que la antedicha pequeña cadena de montañas y la isla de La Ceiba formaran las laderas del volcán. En la extremidad este de la cadena de montañas se encuentra un pequeño lago interior, la laguna de Apoyo, de una forma ovalada regular. Sus laderas elevadas muestran, sin duda alguna, que es una laguna de cráter. Se le podría considerar, por lo tanto, como un cráter contiguo al gran volcán, cuya boca fue una vez lo que es ahora la Bahía de Chiquero. Su diámetro más ancho es de 500 metros, el más corto de 300. El borde del cráter mismo es relativamente angosto, alzándose de 40 a 70 metros sobre la superficie de la laguna, que se encuentra apenas a 10 metros sobre el nivel del Lago de Nicaragua. El agua es dulce, sin sabor salado alguno. Se encuentran allí numerosas especies de peces y muchos cocodrilos, pero no vi ninguno de más de dos metros de largo. Hay más de un kilómetro de distancia sobre terreno abrupto hasta el Gran Lago y la Laguna de Apoyo no tiene desagüe, por lo que es posible que ésta tenga su propia especie de cocodrilos —lagartos— que allí viven y mueren, porque apenas se puede creer que los lagartos del Lago de Nicaragua pudieran hacer tan largas y difíciles jornadas entre los dos sitios.

Después de algunos días de estadía en el pueblecito y de excursiones en sus alrededores, decidí visitar el lugar de hallazgos arqueológicos que se encontraba en el lado noreste de la isla. Ya había por entonces hecho más estrecha amistad con los pocos habitantes de la isla, a quienes cada día aprendí a apreciar más. Y pronto hube de reconocer que Zapatera por lo que se refiere a sus habitantes, es el mejor de los lugares que visité en Nicaragua, tal fue la bondad y ayuda que todos, sin excepción, me prodigaron.

Hubo mucha vida por la mañana en el pueblecito, cuando mi tropa de buscadores de tesoros, se reunió en la playa, armados de macanas y de barras, machetes y, naturalmente, cada uno con su arma. La tropa se componía de José Lobo, su hermano Jacinto, dos indios jóvenes con los nombres de Raimundo y León, y un viejo sin dientes y hablantín, muy original, llamado Esteban. Este último era un viejo gracioso que me fue muy útil como preparador y como cazador que pronto nos siguió fielmente por tierra y agua. Fue atraído hacia nosotros por diferentes circunstancias: en parte amaba el ron y los cigarros, en parte tenía una incontenible necesidad de conversar, y por último, era casado y su mujer tenía un carácter que le hacía ponerse a menudo “como el diablo”, según decía el mismo Esteban. En nuestra compañía se encontraba protegido y tal vez era la razón principal de su deseo de acompañarnos.

Había una fuerte brisa, quizás demasiado fuerte para la vela, vieja y en mal estado, de la Isabella. Pasamos el canal entre La Ceiba y la Punta

de las Figuras, el lugar donde Squier había encontrado y dibujado sus famosas estatuas. Seguimos adelante entre las pequeñas islas, el Jesús y el Jesusito, más lejos de la Punta Causal. Entre las altas, montañosas islas el Armado y Zapatera nos azotó una ráfaga de viento después de la otra y a pesar que la Isabella era un buen bote, fue oportuno poder entrar pronto a puerto, ya que su edad y estado hacían temer que pudiese hacer agua en la fuerte prueba a que estaba sometida. Un buen puerto encontramos en la Bahía del Sapote, una pequeña ensenada defendida contra el noroeste por una península alta y pronunciada, la Punta del Sapote.

Inmediatamente al borde de la playa donde desembarcamos se alzaba un alto edificio cónico de piedra de 30 a 40 metros de alto. Estaba hecho de enormes bloques de piedra sin cortar, colocados los unos encima de los otros en orden bastante regular. El diámetro en la base era de unos 40 metros. La cima estaba truncada y parecía formar un plano de 6 a 8 metros de diámetro. Los altos lados verticales estaban cubiertos de matorrales de espinas y bejucos, por lo que tuve que abandonar el proyecto de subir hasta la cima. Semejaba una torre de guardia y había sido, probablemente, un lugar de sacrificios, con un altar en la cumbre o bien puede haber sido un pequeño templo, como los que son bien conocidos en Uxmal y Tikal. (Por ejemplo, el Templo del Diablo, en Uxmal. Ver Desiré Charnay, "Les Anciennes villes du Nouveau Monde", Paris, 1885, pág. 343).

Como el resto de Zapatera, todo estaba aquí reseco y la vegetación quemada. Esto hacía que tuviésemos más facilidad para avanzar a través del bosque, pero también el sol nos alcanzaba más fácilmente, por lo que tuvimos un día cansado y caliente.

La Punta del Sapote forma una península ancha, casi circular, orientada de noreste a suroeste. La parte mediana es una gran meseta, más o menos a 150 metros sobre el nivel del lago. Termina repentinamente tanto hacia éste como contra la lengua de tierra y forma por lo tanto una altura aislada, de más o menos un kilómetro de largo, siendo su ancho un poco menor. El centro de este sitio es perfectamente regular.

Cuando después de una caminata monte arriba, abriéndonos paso con el machete, encontramos en el relativamente desnudo bosque, formado de altos árboles, varios montones de piedras juntas y para mi gran satisfacción, alrededor de ellos algunas estatuas, que se encontraban aún, más o menos, en pie.

La mayor parte de estos montones de piedras, que había motivo para considerar como los restos de un templo o edificio antiguo que medía unos 50 metros de largo por 30 de ancho, tenía una forma ovalada regular. De las estatuas que se encontraban colocadas en su periferia, seis se encontraban en sus sitios originales. Representaban, sin excepción, figuras humanas y se encontraban, cara afuera, las partes posteriores siendo sólo groseramente labradas. Esta circunstancia da peso a la suposición que entre las estatuas habían paredes de piedras o de madera y que el todo formaba

un templo u otro edificio público. A juzgar por la distancia entre las estatuas que aún quedaban en pie, el edificio parece haber tenido 12 en total. Estas parecen haber sido, por lo demás, empleadas como columnas para sostener el techo, porque tenían casi todas encima, con excepción de dos, una protuberancia más o menos larga y ancha en forma de cono, sin ningún adorno. El techo parece haber estado cubierto de hojas de palma, y esto se confirma con los relatos de Oviedo y Cerezeda.

Las estatuas son monolitos, labrados en bloques de un basalto negruzco sumamente duro. En lo que se refiere a su aspecto artístico son diferentes las unas de las otras y es aceptado que varias tienen proporciones correctas entre las diferentes partes del cuerpo, lo que manifiesta como muy verosímil que fueron empleados modelos por sus artistas, mientras otras representan formas bizarras y fantásticas.

Me ocupé inmediatamente en parte a fotografiar, en parte a medir y dibujar las estatuas, comenzando con aquellas que estaban más accesibles en el suelo. La mayoría, tanto las en pie como las caídas, estaban en su mayor parte cubiertas de tierra y de hierbas y mis acompañantes tuvieron bastante trabajo para desenterrarlas.

De las estatuas que rodeaban el montón de piedras, que yo llamo No. 1, las figuras a y b son las mejores y en particular la primera presenta evidencias de haber sido hecha por un escultor de talento.

Estas dos estaban aún en pie sobre pedestales y la mitad del cuerpo hasta el vientre, enterradas. Como se encontraban más profundas que las otras y tenían una parte inferior mucho más grande, se encuentra un tentado a decir que la entrada del templo se encontraba entre ellas o que se encontraban al medio del lado sur del edificio. Inmediatamente a la derecha seguía una figura sin cabeza, de pie en la misma posición que a y b, después de la cual un fragmento de la estatua d, cuya cabeza muestra un tipo de cara enteramente diferente de las anteriores. Después venía una estatua que yacía sobre el suelo (o más bien debajo de la tierra) quebrada en muchos pedazos, muy curiosa porque sobre su cráneo soportaba una cabeza de animal colosal que tenía un gran parecido con el león africano. Por el lado norte se encontraba el único monolito del grupo que no representaba una figura humana; e, un pilar cuadrado con anchos lados rectangulares en los que se presentaban cuadros con anchos bordes, el lado hacia afuera mostraba varias figuras de líneas profundas grabadas. Por el lado oeste del No. 1 sólo encontré fragmentos de pedestales y una estatua entera, de pie, muy bien conservada, f, que probablemente representaba un guerrero, con escudo al brazo, máscara sobre la cara y una barba larga.

Cerca de otros montones de piedras no se encontraba ninguna imagen en su sitio original. En el espacio libre entre uno y otro montón se encontraba una estatua doble, g, que llevaba sobre la cabeza y la espalda un mono de cola larga con fuertes y acerados dientes en las abiertas fauces.

Pero lo que más merece recordar de lo que aquí se encontraba eran las estatuas que ahora paso a describir. Eran figuras humanas de pie, sentadas o de rodillas, soportando sobre el cráneo la cabeza de algún animal de tamaño colosal. Ya describí una con una cabeza de león en círculo No. 1. Una estatua representa una figura humana de pie que lleva sobre la cabeza, bien esculpida la cabeza de un jaguar. Sólo la parte superior del cuerpo se encuentra aún allí. Otra estatua, h, es una figura humana de rodillas, llevando una bella cabeza de "rey de los zopilotes"; otra es una figura femenina sentada, particularmente bien hecha, llevando sobre la cabeza una tortuga o culebra. La estatua i, muestra una figura humana, sentada encima de una piedra, los brazos caídos, las manos descansando con fuerza en una posición de sostén. En las espaldas y en la nuca lleva la cabeza de un cocodrilo. La figura j es una figura de mujer en la misma posición, mas la cabeza no se pudo encontrar.

La figura k es una notable estatua de una especie enteramente diferente, representa una figura de mujer medio sentada con una gran cabeza, sin forma, un collar en el ancho cuello y un niño, también de gran cabeza en su regazo. Esteban la llamó una Virgen María y dijo que era la de más valor de todos los ídolos. Al lado de ella se encontraba una estatua de una figura de mujer de grandes dimensiones, llevando un bloque de piedra, redondeado, en forma de turbante sobre la cabeza. Tenía los ojos, en contraste a los de las otras figuras, fuertemente oblicuos. Esta figura es la única que presenta alguna semejanza con estatuas encontradas antes en México y América Central. Recuerda en particular dos figuras humanas acostadas dibujadas y discutidas por Desiré Charnay en la obra ya citada, en la que opina que representa al dios de la lluvia, Tlaloc. Otra es una pequeña figura humana, l, sentada en el suelo, con las piernas cruzadas bajo ella. La cabeza es grande, fuera de proporción, con grandes ojos redondos. Sobre la cabeza lleva un turbante bajo, sumamente parecido a los bonetes que se representan en las estatuas modernas. Se encuentra aquí hasta la simbólica cruz, cuadrada, grabada en un campo rectangular en la parte superior de un ancho pedestal. La figura m representa a un guerrero o a un cacique. En la cabeza lleva un sombrero alto o un casco cónico. Los ojos saltones están excavados y como se encuentra con la mano levantada hasta el hombro es probable que llevaba una lanza o un dardo. La figura n es un bajorelieve, el único que encontré aquí. Está muy dañado y representa una figura femenina con una gran cabeza y grandes orejas salidas.

Mientras yo estaba ocupado en dibujar las estatuas, mis compañeros hicieron excavaciones entre y al lado de las estatuas mismas. Allí se encontraron hasta a un metro bajo la superficie del suelo, grandes vasijas ovaladas de casi un metro de diámetro. Estaban tan destruidas que se desbarataban en pedazos al menor movimiento. Es posible que fueran unas especies de urnas, pues se encontraban en su interior varios objetos pequeños de barro y de piedra de la misma especie de las que se encuentran descritas en las excavaciones de Ometepe. (Véase F. Bransford, Archeological researches in Nicaragua. Smithsonian Contributions to Knowledge

(383), Vol. 25, Washington 1885 (1881. Publicado en la Colección Cultural-Banco de América en 1974). Es fácil de explicar por qué en estas urnas no se han podido encontrar huesos o restos de cenizas. La capa de tierra que las cubría era tan delgada que a cada período de lluvias el agua penetraba en ellas y hacía su trabajo destructor. Estas urnas eran, sin embargo, más redondas que ovaladas, aunque algunas tenían la forma de un huevo, como son las encontradas en Ometepe. Recordaban en su forma y tamaño las tinajas que aún hoy día se usan, grandes recipientes redondos de barro que generalmente sirven para guardar el agua de beber, tanto en las casas de los criollos como en las chozas de los indios.

En medio de un montón de piedras encontré un vaso de barro grueso, de casi medio metro de alto, decorado de una manera, que por lo que yo sé, no ha sido hasta ahora encontrado en piezas labradas en México y Centro América. En la superficie, cuando aún el barro estaba húmedo, se han superpuesto bandas de barro más o menos anchas, con incisiones a distancias regulares, hechas con el dedo del alfarero o con un palito. En el campo en medio de estos ornamentos, en formas de líneas o de ángulos, a veces circulares, se pueden ver grupos de bolitas de barro, más o menos simétricas y colocadas de la misma manera. El conjunto da una impresión de gusto artístico, pues la forma del vaso es sencilla y graciosa.

Fragmentos de vasos semejantes, todos hechos de la misma manera se encontraron en diversos sitios.

Encontramos muchos fragmentos de tinajas de barro de una forma más grosera, las que eran muy comunes en todas las partes donde hicimos excavaciones. Otras más finas, tanto en el material como en la hechura, encontramos también. Todas están pintadas de colores que aún después de varios siglos de humedad, mantienen su claridad y tras una buena limpieza muestran el mismo brillo como si hubiesen recién salido del taller del alfarero. De estas haré mención particular de una cabeza de culebra que muestra, tanto en la manera de modelar como en la de pintar, buen gusto y arte.

Una figura nos representa una forma humana de barro, muy parecida a otra encontrada en Ometepe. Encontramos, también, dos recipientes, simples, chatos, con una cantidad de hoyitos, apretados, de bordes agudos en el fondo de la parte interior, que servían, probablemente, para quebrar y reducir a polvo granos de pimienta u otros semejantes.

Para cada una de las estatuas y para cada una de las piezas de barro o de piedra que encontrábamos, Esteban tenía, inmediatamente, una explicación, y si estas explicaciones fueran las verdaderas ya estarían disipadas la mayor parte de las sombras que ocultan la historia de Nicaragua antes de la llegada de los españoles. Las más grotescas y fantásticas estatuas representaban al monje tal o al santo cual. Las bellas y nobles estatuas de dioses o de héroes eran representaciones de los antepasados de Esteban, quien decía que descendía de los antiguos reyes de Nicaragua, con una ligera mezcla de sangre noble de conquistador.

Por la tarde hicimos una alegre cacería de venados en el lugar donde otrora se alzaba la vieja ciudad niquirana y tiramos entre las estatuas y ruinas dos enormes venados que vinieron a caer como ofrendas a los dioses por tanto tiempo olvidados y desatendidos en aquel santuario.

Tres días más continuamos limpiando y dibujando las viejas reliquias y organizamos excavaciones entre las ruinas, o más bien, entre los montones de piedras. Un gran número de las piedras que encontramos mostraban por lo menos uno, algunas varios, de los lados cortados, lo que le da algún peso a mi suposición que algunos de esos edificios tenían paredes de piedra.

Amargamente lamenté que mis limitados recursos no me permitiesen llevar a Suecia algunas de estas estatuas. Allí donde están ahora, les espera pronto la destrucción, en parte por el efecto destructor del clima y de la vegetación, en parte por la mano del hombre. Es muy común me dijo José Lobo, que las estatuas se hagan pedazos y que éstos sean acarreados para usarlos como piedras de cocina o como peldaños de algún rancho.

Cuando todo lo que se podía fotografiar o dibujar hubo sido reproducido, y luego que los venados muertos fueron colgados por las patas de las numerosas armas que llevábamos, abandonamos nuestro campamento de la bella Punta del Sapote y nos hicimos a la vela hacia la playa de la Bahía del Chiquero. A nuestro regreso fuimos recibidos con gritos de alegría y vivas, y nos festejaron como si hubiésemos estado lejos por varios meses, en lugar de algunos días. Aun la Petrona, mujer de Esteban, se puso como un rayo de sol hasta que supo que el mismo día o al siguiente emprenderíamos una nueva expedición, esta vez arriba del río Manares. Esteban, en el viaje de regreso, con sus vivas descripciones de la naturaleza y de la vida animal allí, me había decidido a un viaje a esos parajes. La Petrona arguía que deberíamos tomar un bote, de manera que ella pudiese, naturalmente, acompañarnos. Pero Esteban dijo que eso demasiado pesado y poco práctico y que sólo el botecito que tenía a mi disposición, podía pasar por todos los canales y pequeñas lagunetas. Hubo una agria discusión entre marido y mujer y cuando el argumento contra Esteban se volvió contundente, Boström hizo notar, de manera enteramente filosófica, que el matrimonio puede tener sus peligros. Yo intervine en la contienda explicando lo que Esteban quería decir, y el pleito entre la esposa y el hombre redimido se acabó, gracias a que una de mis mejores camisas de lana se volvió la blusa dominguera de la Petrona.

En el botecito remamos cuidadosamente sobre Charco Muerto hacia la tierra firme para pasar un día en el mentado río y allí satisfacer nuestra pasión por la caza. Todos los habitantes de Zapatera eran ardientes cazadores y don José Lobo era el mejor tirador y el conocedor de los bosques más inteligente que haya encontrado en Nicaragua. Esto era muy bueno para mí y para mis colecciones, y así aumentaron éstas considerablemente en esta mi última excursión.

En la islita del Guanacaste, situada en el centro de Charco Muerto, desembarcamos atraídos por las frutas doradas de los frondosos naranjos. La isla estaba bien cultivada por sus habitantes, una vieja pareja. Sólo la dueña de casa se encontraba allí. Nos recibió amablemente y por unos cuantos reales compramos medio bote de naranjas para los muchachitos del Chiquero, donde no habían de estas frutas. Ella nos invitó a una bebida agradable, “el caldo de caña”, esto es, el jugo natural de la caña de azúcar. Su preparación es sencilla: La caña se corta en pedazos de un metro de largo y se meten entre dos troncos que con manijas se hacen dar vueltas en sentido contrario el uno del otro. El líquido corre en un huacal colocado sobre el suelo por encima de la plataforma inferior. Si uno es muy cuidadoso se le mezcla después con una paja de palma de coco, antes de beberlo. Este primitivo molino se llama “trapiche”.

La desembocadura del río Menares se ha ensanchado hasta formar una laguna de muchos ángulos con grandes islotes cubiertos de hierbas y una lujuriente vegetación de arbustos. Aquí nos encontramos con bandadas de patos, garzas y gallinitas de agua y algunos ejemplares de gavilanes y de halietos. Después de recoger nuestro tributo de los habitantes de plumas de la laguna, continuamos nuestro viaje subiendo el río que se desliza lentamente hacia el lago. Pasamos algunos ranchos y haciendas. En una de ellas hubimos de desembarcar para satisfacer los urgentes pedidos de Esteban. El silencio que se mantenía a bordo, para no espantar a nuestras presas, se le hizo insoportable. Debía bajar a tierra para ejercitar la lengua y los pulmones. Allí recibimos de él prometedores informes de venados y de jaguares, los que encontraríamos más arriba. Tan nobles piezas no pudimos ver, pero pude tomar lo que necesitaba de una bandada de monos y además, pude tirar un bello oso hormiguero (*Tamandua tetradactyla*. (Ver Fig. 76, p. 253).

Más lejos, río arriba, una enorme ceiba nos cerraba el paso, atravesando el río, haciendo un puente de orilla a orilla. Más de una hora nos tomó abrir un camino para el bote a través de la opulenta arboleda. Después de haber pasado dos obstáculos más de la misma naturaleza, y después de haber dado una vuelta a través de la selva sin ningún resultado, nos regresamos y nos deslizamos río abajo.

En uno de los islotes o playas en la desembocadura descansamos un momento y buscamos huevos de tortugas. Encontramos a 8 ó 10 metros de la playa 27 huevos recién puestos, de cáscara suave, a unos cuantos centímetros bajo tierra. Eran un poco más pequeños que huevos de paloma y nos brindaron una muy sabrosa torta. Más lejos a lo largo de la playa soleada encontró Esteban no menos de 10 huevos de lagarto, enterrados juntos a unos 15 centímetros bajo tierra. Eran del mismo tamaño que huevos de ganso, brillantes y blancos como de porcelana, duros y de cáscara gruesa. Estos también son valiosos como alimento.

A nuestro regreso a Chiquero dimos las naranjas a Virginia, quien con mucha justicia hizo su distribución entre la joven generación del pueblecito.

## Capítulo XXV

### ZAPATERA. EL MENCO. PUNTA DE LAS FIGURAS

Entre otros animales, tenía don José Lobo, algunas bestias. Durante el período de sequía que reinaba, era posible viajar a través de una parte de la isla, a caballo. Por lo que un día, salimos montados siguiendo el camino sobre el angosto borde de cráter que como un muro rodea la Bahía del Chiquero. Por una angosta quebrada subimos al borde sur del cráter de la Laguna de Apoyo y de allí hacia el sureste entramos en el bosque. Por todas partes estaba el suelo quemado y los pocos arbustos o árboles que aún tenían hojas verdes, se veían sedientos y marchitos. La mayor parte, sin embargo, de los árboles estaban secos y sin hojas o tenían hojas grises y amarillentas. Sólo las espinosas mimosas y los chichicastes que queman y pinchan, —los zancudos del reino vegetal—, se adornaban de hojas verdes y brillantes y hacían competencia a las niguas (*Pulex penetrans*) y a las garrapatas (*Ixodes sp.*) y a los zancudos mismos, para hacernos la vida más amarga. A través de los árboles sin hojas, ardía el sol despiadadamente y los arroyos y quebradas que pasamos, estaban secos desde hacía mucho tiempo. Sobre colinas y valles, ofreciendo ricos terrenos, pero sin cultivar y vacíos, llegamos al río Las Piedras, donde esperábamos encontrar agua para nuestras sedientas bestias. Mas fue en vano, el sol y el terreno poroso volcánico, se habían juntado para vaciar y secar este importante río del tiempo de lluvias.

En una montaña cerca del río encontramos a algunos de nuestros amigos del Chiquero, que bajo las órdenes de Jacinto trabajaban en labrar, con hachas, un bote del tronco de un inmenso pochote. Cuando ya lo tuvieron listo, deberían los temerarios constructores del bote, arrastrarlo por más de 3 kilómetros a través de la selva, para llevarlo hasta la playa del Chiquero.

Tiramos algunos pavos y encontramos agua, más lejos río abajo, en un hoyo. Allí me detuve con Nerón y los caballos, mientras José seguía por una quebrada para buscar un “perezoso” que había visto allí hacía dos semanas.



De repente levantó Nerón la cabeza, tomó el viento y se lanzó al bosque. Inmediatamente después comenzó una violenta persecución y a una distancia de menos de 50 metros, colocó Nerón a un magnífico venado que yo pude tirar cómodamente sentado sobre una piedra a orillas del río. Como pago por su magnífica conducta obtuvo el perro, inmediatamente, la parte que legalmente le correspondía de la carne del animal. Un rato después, regresó don José con el perezoso (*Cholopus hoffmanni*) que había encontrado en un árbol a 50 metros del lugar donde había sido visto catorce días antes.

El siguiente viaje que hicimos necesitaba mayores preparativos, pues pensábamos estar lejos del Chiquero, más o menos, una semana. Nuestro objetivo era El Menco y el delta vecino, rico en pájaros, y la parte sur de Charco Muerto.

Después que la Isabella, lo mismo que el bote grande de José, hubieron sido cargados con provisiones y utensilios para nuestra expedición de caza, nos alejamos del puerto con los buenos deseos y los saludos de las mujeres del pueblo que se habían congregado en la playa. La mayor parte de los hombres tomaban parte en la expedición.

Con una suave brisa cruzamos ante las numerosas y pintorescas montañas y bahías de Zapatera, e inmediatamente antes de la caída del sol, desembarcamos en una larga isla de arena que se proyecta en ángulo recto de la lengua de tierra del Menco. Apenas algunos pasos podíamos dar en tierra porque la isla estaba cubierta de una vegetación frondosa de arbustos espinosos y árboles bajos.

Después de haber descansado y comido nuestra cena, remamos más lejos en la ensenada y echamos ancla a respetuosa distancia de la tierra, para evitar el más mínimo contacto con las moscas de tierra y los zancudos que en nubes espesas zumbaban sobre los matorrales de la playa.

En la mañana nos deslizamos a través de los estrechos canales entre los bajos islotes de arena y de hierbas del delta, el estero de la Cruz, hasta la playa de la península del Menco, donde desembarcamos al pie de la colina, simétricamente redonda, llamada El Boquete, que se encuentra en la punta extrema norte de la lengua de tierra. Aquí hicimos nuestro campamento y recorrimos después el bello bosque de la colina.

Dos venados, dos monos, y unos diez pájaros fueron nuestro primer botín. Bajo la colina yacían numerosos pantanos, bordeados de una rica y baja vegetación. Mostraron ser notables terrenos para patos y nos brindaron una rica colección. Patos de seis clases diferentes (*Anas boschas*, *Spatula clypeata*, *Dafila acuta*, *Querquedula discors*, *Q. cyanoptera* y *Mareca americana*) eran tan abundantes y volaban en bandadas tan espesas que casi cada tiro nos daba más de un pato. Boström fue el rey de la caza con seis patos de un solo tiro.

(Nota del Traductor: De estas seis especies mencionadas por el autor, cinco de ellas son fácilmente identificadas: el pato cola de gallo, la zarceta canela, el pato cuchara, el pato chalcuán y la zarceta cola azul. Ver la "Lista Preliminar sobre las aves que ocurren en Nicaragua", por Jaime Incer, Cuadernos Universitarios, No. 20, Abril de 1962, p. 36, Universidad Nacional de Nicaragua).

En la red de estrechos canales y de pequeñas lagunas que forman el Estero de la Cruz, avanzamos a remo durante un par de días y sólo abandonamos el lugar cuando ya no se nos presentaban nuevas especies de pájaros. De allí nos dirigimos al rincón sureste de Charco Muerto, hasta la desembocadura del Río Ochomogo.

La playa era allí más libre de islotes e islas de hierbas, pero tenía bellas lagunitas y ensenadas hondas y profundas tierra adentro. Las bajas playas eran un lugar preferido de las zancudas más grandes. En el agua, a la orilla misma de la playa, habían hileras y alamedas de grandes árboles de "Chirimoyas" (*Anona humboldti*) fuertemente enraizadas en la tierra. Remábamos ahora en un bello parque marítimo que me recordaba la bella laguna de Santa Rosa. Dos enormes zancudas fueron aquí mis presas: una cigüeña (*Mycteria americana*) y un "Tantalus" (*Tantalus loculator*) ambos nuevos en mi colección.

Arriba de uno de los numerosos brazos del río que aquí se llama río Menco, avanzamos más de un kilómetro entre playas bajas y bordeamos, por aquí y por allá, uno que otro rancho que nos miraba a través de un marco rico de árboles frutales y de flores.

Después de dos días más de navegación por la parte sur de Charco Muerto, entre islotes y bancos de arena, hicimos proa hacia el norte con nuestros botes bien cargados, siguiendo de cerca la costa hasta la costa oeste de Zapatera.

Al pie del Rincón de los Viejos había una pequeña choza que era el rancho de Esteban y Petrona. Aconsejé a aquel que fuese a tierra para saludar a su mujer y darle una grata sorpresa, pero rehusó enérgicamente. Desembarcamos entonces en el pequeño islote, la Isla de Piedra, que se encuentra en medio de la bella Bahía Grande, y que tiene la forma de semicírculo. Continuamos después a lo largo de las muchas puntas y ensenadas de la costa hasta la gran Bahía del Molenillo, con el Islote del Molenillo en medio, apenas a un kilómetro de tierra. Aquí desembarcamos de nuevo para coger algunos nidos de oropéndolas (*Cassicus bifasciatus*). Estos nidos, que tienen la forma de bolsas de un metro de largo, colgantes, con la apertura hacia la extremidad superior, más estrecha, son espesamente tejidos de paja y de hierbas. Los indios los usan a menudo para conservar frutas y otras cosas que deben guardarse en un lugar aireado.

En la punta norte de la Bahía del Molenillo, se encuentra el pequeño y seguro varadero donde se guardan los botes del pueblo. Allí desembar-

camos y fuimos recibidos con alegría por nuestros amigos que se habían quedado en tierra. Doña Julia preparó todo lo que había en la casa para una fiesta y con sus preparativos mostró que nos consideraba medio muertos de hambre.

Durante nuestra ausencia, mi pequeña y hábil ayudante, Virginia, había visitado casa por casa, recogiendo todo lo que podía haber como curiosidades y antigüedades, y me recibió orgullosa de la verdadera exposición de pequeños objetos, de los cuales muchos tenían un verdadero valor arqueológico. Entre ellos estaban también algunos de sus propios juguetes y esto no era un pequeño sacrificio. Se alegró de mi agrado por su servicio y aceptó dar buena recompensa a los anteriores dueños de los artículos secuestrados con algunos objetos que aún se encontraban en mi reserva de artículos de trueque.

Algunos días después de haber preparado y empacado nuestro botín zoológico del Menco, volví a juntar mi tropa de investigadores par hacer excavaciones en la Punta de las Figuras. Estatuas desconocidas antes y grandes reliquias no podía yo encontrar allí, pues Squier había estado por algunos días y había explorado y limpiado el bosque. Las excavaciones, sin embargo, podrían dar buenos resultados, pues se han hecho antes en muy pequeña escala.

Como en la Punta del Sapote, hay aquí también una meseta que ocupaba antes la vieja ciudad. Hacia el oeste baja bastante rápidamente hacia la bahía de Chiquero; hacia el norte termina lentamente hacia la baja punta, que ha recibido su nombre del lugar donde han sido descubiertos los restos arqueológicos, la Punta de las Figuras; hacia el este, hacia el Lago de Nicaragua, la pendiente es más abrupta y hacia el sur está limitada por el cráter quemado de la Laguna de Apoyo. Este último se encuentra cubierto por enormes árboles y entre éstos hay un dédalo de matorrales y bejucos.

Aquí encontré cinco grandes montones de piedras que probablemente podrían ser ruinas de edificios. No eran de forma tan regular como los montones de piedras en la Punta del Sapote y mucho más pobres de piedras canteadas. Ninguna de las estatuas que aquí se encontraban, podría estimarse con algún grado de seguridad, que se encontrase en su sitio original. Tampoco era posible decidir si alguna de ellas había estado situada en la periferia de uno o de otro de los montones de piedras.

En este aspecto era el primer lugar de exploración de mucho mayor interés. Las estatuas mismas estaban también en menos buen estado y habían sido, ciertamente, expuestas a mayores agravios, y probablemente, también esfuerzos para moverlas de allí. Sabemos por Squier que así había sido el caso. Algunas, ya antes de su visita a la isla en 1849, habían sido transportadas a Granada, y él mismo envió otras a Washington. Una de las estatuas la encontré después en la playa misma de la Bahía del Chiquero, hasta la mitad en el agua, con la cabeza cortada.

Ahora que yo estaba aquí, no esperaba, como ya dije, encontrar algo nuevo entre los mayores objetos del lugar, quedé tan contento como sorprendido al encontrar tres estatuas, ni descritas ni dibujadas por Squier, en la vecindad inmediata de la que ya conocía a través de su descripción. (Ver Squier 1 c, II, págs. 52, 54, 58, 61, 64).

Alentado por este éxito, busqué con ardor en los vecinos matorrales y tuve la buena suerte de sacar a luz seis estatuas por todo, las que no eran antes conocidas.

Como después de fotografiar y de medir, descubrí que las proporciones de los dibujos que Squier había publicado eran incorrectas, los dibujé de nuevo y aquí doy la lista del orden en que aparecen en mi libro de diseños.

La figura A representa una forma de hombre, sentado en el suelo, con las rodillas bajo el mentón, llevando sobre la cabeza un gorro piramidal. El pedestal es cuadrangular, inclinado hacia abajo. La B dijo Esteban que era un tigre o jaguar, y ciertamente, no estaba tan lejos de la realidad porque las cortas y poderosas extremidades, y la forma de las manos y de los pies, o patas, semejan más a un felino que a un ser humano. El pedestal era poco común, de una forma medio redonda, la parte superior decorada con un ornamento angulado. La tercera figura C, en su orden era la que había quedado sobre la playa del lago, probablemente en camino a un museo. El pedestal es la parte de la estatua mejor conservada y muestra en un campo rectangular en los lados, bellos y simétricos ornamentos grabados a rayas. (Ver p. 284).

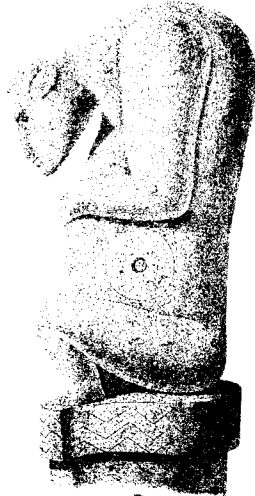
Las figuras D y E muestran una estatua única en su especie. Un borde del ancho y pesado bloque ha sido labrado en una figura humana con las manos sobre el vientre y una fantástica decoración alta sobre la cabeza con un ornamento sobresaliente. Los anchos lados del bloque están decorados con rayas en relieve, pero por lo demás, cinceladas. Probablemente ha sido esta obra de arte una parte de alguna celda o templo, o ha formado parte de un nicho.

En la vecindad de esta estatua yacía un enorme pedestal redondo, reduciéndose progresivamente hacia abajo. Esteban y los otros lo llamaron "el cañón" y en su forma era, indudablemente, muy parecido a uno de éstos. Squier habla de él y lo dibujó. Cuando lo hizo se encontraba encima una figura pequeña de rodillas, con una gran cabeza. Ahora está la figura enteramente arrancada y sólo algunos pedazos señalan el lugar donde se encontraba.

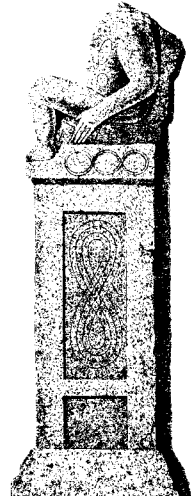
Al lado del "cañón" se encontró una estatua anotada por Squier (II, p. 58), una figura humana, mitad sentada, gorda, hecha de una manera poco usual, esto es, grosera y masiva. A través de la parte inferior cuadrangular, pasaba un hoyo redondo, de un tercio de metro de diámetro. Por esto parece ser la cureña del cañón.



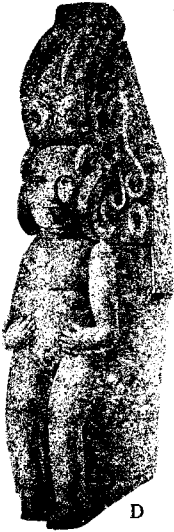
A



B



C



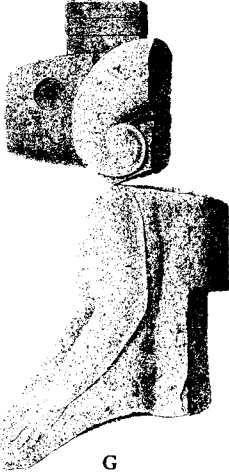
D



E



F



G



H



I



J

Dentro de la arboleda, bastante lejos de los montones de piedras, encontré una obra que es de un tipo intermediario entre una estatua y un bajorrelieve, (Fig. F). Sobre una columna enteramente redonda, se encuentra una pequeña, gruesa figura humana, de piernas excepcionalmente cortas. Los brazos son pequeños, como el cuerpo, esculpidos sin el menor esfuerzo para mostrar la musculatura. Encima de los hombros se contorna el bloque de piedra, enteramente sin trabajo hacia atrás y hacia los lados. Hacia adelante, por el contrario, la cara de la estatua está esculpida en bajorrelieve. Sobre la cabeza se ve una cabeza de mono o de hombre, también en bajorrelieve, dotada de un cuello largo. Esta estatua era una de las mejor conservadas.

Las restantes eran todas de bajorrelieve, pero todas habían estado dotadas de pedestales y habían, originalmente, estado de pie. Squier dice, en particular, que aquí sólo encontró "un" bajorrelieve y mantiene que este es el único conocido en Centro América.

El primero en su orden del cual yo puedo hablar —figura G— es uno colosal, con brazos humanos finamente esculpidos y una bella cabeza de animal de perfil. Es el único perfil en relieve que yo haya visto en esta región. El otro (figura H) es el que Squier dibujó (II, p. 61), una forma humana con grandes orejas colgantes y una barba larga. El tercero (figura I) está quebrado en varios pedazos, casi con una expresión jovial. Sobre la cabeza se ve un angosto turbante o una gorra. El cuarto y último (figura J) es una forma humana con una cabeza que bien podría representar un cráneo humano. (Ver p. 284).

Todas las estatuas y bajorrelieves están trabajados aquí como en los de Punta del Sapote, en un basalto duro, negro-gris. Las figuras humanas son de un tamaño algo menor que el natural.

Las excavaciones que se hicieron entre los montones de piedras, produjeron algunos objetos de cerámica y algunos de piedra. No se pudo descubrir de metales.

Algunas piezas encontradas eran partes de vasos y vasijas, unas representaban cabezas humanas, otras cabezas de animales. Todas estaban bien pintadas en café, rojo y amarillo. Entre los diferentes objetos de piedra, habían cabezas de animales, partes de vasos, todos finamente esculpidos en una docelita dura, gris, utensilios para raspar y para moler o triturar, estos últimos de andesita.

En el capítulo siguiente haré una corta relación de los pueblos que eran los creadores de las obras de arte que aquí he descrito por primera vez.

Después de algunos días más de visita en el hospitalario caserío, el progreso del tiempo nos obligó por fin a irnos. Lo hicimos con gran pesar porque aquí habíamos recibido tantas pruebas de amistad y de buena voluntad que nuestra visita en la casita del Chiquero quedará para siempre como la mejor y la más querida memoria de mi largo y variado viaje en América Central.

## Capítulo XXVI

### LOS HABITANTES PRIMITIVOS DE NICARAGUA

A la llegada de los españoles, bajo el mando de Gil González de Avila, en el año de 1522, el territorio que ahora forma la República de Nicaragua y la parte noreste de Costa Rica, estaba habitado por razas indígenas de cuatro diferentes tribus, que uno puede con confianza tomar como de origen diferente y que habían emigrado hasta aquí en diferentes períodos.

La Costa Atlántica, de rica vegetación pero húmeda, y las altas tierras montañosas vecinas, con sus enormes bosques, estaba habitada por tribus más o menos nómadas con un bajo nivel de civilización, a pesar de que, por lo que se puede juzgar de las narraciones de Colón en su cuarto viaje, o de los pocos relatos que tenemos de los piratas, era más alto que al presente, viviendo ellas mejor que las actuales poblaciones, que se puede juzgar son sus descendientes, los Mosquitos, los Ramas, los Sumos y otros.

Entre la costa este y los dos grandes lagos, Xolotlán (Lago de Managua) y Cocibolca (Lago de Nicaragua), vivían en las montañas que bajan progresivamente hacia estos lagos, los Chontales, como Oviedo los llama. Ahora se encuentra allí el Departamento de Chontales. Vivían en grandes pueblos y ciudades y se dedicaban a la agricultura. Probablemente eran de la misma raza, o parientes cercanos, de la gran familia Maya, que ocupaba la parte este de Honduras y de Guatemala y poblaba Yucatán. Esta suposición se funda sobre el parecido entre algunas palabras de su lengua y otras del dialecto Maya. Los Poas, Toacas, Lacandones, Wulwas y otros, son probablemente sus parientes. Aún éstos viven hoy día en estado de civilización inferior al de sus antepasados.

Si la parte este de Nicaragua, por sus impenetrables bosques y su clima húmedo es menos favorable como ámbito para pueblos de alta cultura, es la parte oeste, por el contrario, más afortunadamente dotada bajo este aspecto y parece preparada por la naturaleza, para ser uno de los centros de cultura de la tierra. Con sus sonrientes valles, sus bosques frondosos, sus maravillosos lagos, sus ríos pacíficos y sus montañas cubiertas de vegetación, podría tentar esta tierra a las gentes más exigentes para radicarse aquí.

Estaba, por eso, a la llegada de los españoles, muy densamente poblada y dividida entre un gran número de pequeños Estados, que podían reducirse a dos grupos diferentes por la lengua y la cultura. Uno de estos era el de los Chorotegas. Ocupaban el territorio entre los dos lagos y toda la tierra fértil al oeste y al norte del Lago de Managua hasta el Pacífico y la Bahía de Fonseca. Oviedo dice que eran los primitivos habitantes del país y sus antiguos gobernantes, pero en favor de esta afirmación no hay ninguna evidencia por presentar. De los Chorotegas es costumbre distinguir cuatro grupos: 1) Los Cholutecas, en las orillas de la Bahía de Fonseca, cuya ciudad principal era Choluteca; 2) Los Nagrandanos, entre el Lago de Nicaragua y el Pacífico, cuya capital era Subtiava, cerca de la presente ciudad de León; 3) Los Dirianes, entre los lagos de Managua y de Nicaragua, hasta la costa del Pacífico, cuya ciudad principal era Xalteva, al lado de la actual Granada; y por último, 4) Los Orotines, separados de sus grupos consanguíneos, porque habitaban la península de Nicoya y Guanacaste, que responde a la parte noreste de la República de Costa Rica. Sobre el primero de estos grupos, o los Cholutecas, hay puntos de vista diferentes, pues algunos autores están dispuestos a considerarlos una rama de los Pipiles de El Salvador, lo cual los haría, de acuerdo con esta opinión, de origen azteca. Un gran número de nombres de lugares sobre su territorio nos da pruebas de esta creencia. Hay quien diga que los Orotines tienen también origen mexicano.

El otro de estos grupos que habitaban Nicaragua era el de los Niquiranos. Ocupaban un territorio más pequeño, es decir, el estrecho istmo entre el Lago de Nicaragua y el Pacífico, lo mismo que las grandes islas de Zapatera y Ometepe, en el Lago de Nicaragua. Mas este territorio era en recompensa el más privilegiado de toda esta tierra en la que la naturaleza fue pródiga. Según testimonios concordantes de los viejos cronistas, eran los Niquiranos, —un pueblo que inmigró relativamente tarde— mexicanos. Si toltecas o aztecas, —en esto no se está claro, y tal vez no se pueda decidir, antes que de una manera segura se hayan estudiado los numerosos restos que han quedado de ellos y compararlos con las mejores conocidas antigüedades mexicanas. Por mi parte, yo estoy dispuesto a creer que fueron aztecas, llegados al país relativamente tarde, quizás apenas cien años antes de la llegada de los españoles. Vivían en continuas luchas con los Chorotegas y habían, probablemente a su llegada, expulsado a los Orotines, que de esta manera habían quedado divididos del grupo principal de los Chorotegas.

Según Oviedo, Torquemada y Cerezeda, quien después siguió a Gil González de Avila en su campaña conquistadora de 1522 y quien, como Oviedo, cuenta lo que él vio con sus ojos, los Niquiranos se encontraban a un más alto nivel de cultura que sus vecinos. Sin embargo, tanto los Chorotegas como los Niquiranos, tenían una cultura altamente desarrollada. Cuando uno lee las descripciones de los últimos días de estas tribus, se encuentra tentado a afirmar que en cuanto a cultura eran enteramente comparable con la nación que con sus bandas de aventureros y sangrientos saqueadores, —honrados en la historia con el nombre de “conquistadores”— tomó



sobre sí la pesada responsabilidad de la destrucción de esta civilización. Y esta cultura fue arrasada tan rápidamente y de manera tan completa, gracias al vandalismo fanático de los sacerdotes "cristianos" y los hechos sangrientos de sus brutales soldados, que la historia no puede encontrar otro ejemplo semejante. Los investigadores en este campo tienen, pues, que avanzar por un camino más difícil y más incierto que aquellos que estudian las culturas antiguas con muchos miles de años tras de sí como las de Egipto y la India.

Lo que de ellos ha sobrevivido muestra, sin embargo, que estos pueblos habían avanzado mucho, no sólo en desarrollo político y social, sino también en la ciencia y el arte. Tenían grandes conocimientos astronómicos y un calendario bien construido con jeroglíficos, sabían hacer papel y por lo que toca a sus dotes artísticas, las pocas estatuas aquí reproducidas y el testimonio de los cronistas, son prueba patente de ello. La única manera por la cual uno puede esperar tener un conocimiento más profundo de su cultura, es por una minuciosa investigación de la tierra, para exponer tan pronto como sea posible a la luz del día las reliquias que se encuentran escondidas bajo ella o cubiertas por la vegetación de las selvas que por ahora son las únicas que esconden muchos de los lugares, que antes eran florecientes ciudades, populosas, con templos y palacios artísticamente adornados.

Una comparación con las reliquias mejor conocidas en ciertos aspectos de la cultura mejicana, dará por lo tanto una respuesta a algunos de los intrincados problemas que crean los antiguos pueblos de América Central y su historia.

## Capítulo XXVII

### GRANADA, MASAYA, MANAGUA, LEON

De la Bahía del Chiquero nos acompañaron a Granada, don José Lobo, doña Julia y Virginia, quienes debían quedarse allí por algún tiempo. Después que me hube despedido de ellos en su pequeña y limpia casa cerca de la plaza, recorrí en la "Isabella" las Isletas o "Corrales", un archipiélago encantador, situado inmediatamente al sur del puerto de Granada. En uno de los islotes más grandes, la Isla de Vela, encontramos un pequeño y bello puerto en miniatura, y allí acampamos sobre la playa, en la que majestuosos mangos ofrecían techo a nuestras hamacas. Durante varios días hice paseos en un botecito entre estas bellas isletas, visité gran número de ellas y tiré sólo aquellas piezas que necesitaba para mis colecciones.

En varios de los islotes encontré viejos ídolos, todos muy dañados por el tiempo o por los hombres. Dibujé cuantos pude, pero no los describiré aquí, pues no encontré otros además de los que ya han sido descritos por Squier de manera muy feliz. Varias de las estatuas anotadas por él habían ya, sin embargo, desaparecido, llevadas a Washington, a Granada o a alguna hacienda.

Encima del grupo de las Isletas, dominándolas de una manera completa, se alza el padre de todas, el imponente Volcán Mombacho. Llamo al Mombacho, padre de las Isletas, porque no existe la menor duda que el archipiélago debe agradecerle su existencia a una o varias erupciones del volcán. La mayor parte de las Isletas están tan ricamente dotadas de vegetación hasta los bordes del agua que es difícil darse cuenta de qué se compone su suelo, pero los estratos superiores, expuestos por el oleaje violento de los temporales venidos del norte, muestran una gran variedad confusa de piedras negras, cuadradas o redondas, de origen volcánico.

Cerca del archipiélago se encuentra un pequeño buen puerto, el Charco de Asese, accesible a embarcaciones bastante grandes y enteramente protegido contra el noreste.

A mi regreso a Granada, me quedé en la ciudad algunos días para ordenar y enviar mis colecciones que habían aumentado de tal manera que su transporte me causaba molestias y preocupaciones.

Granada fue antes una ciudad muy importante, una de las más ricas e importantes de la América Española. La ciudad fue fundada por el segundo conquistador y colonizador de Nicaragua, Francisco Hernández de Córdoba en el año de 1524, que como antes dije, fue enviado por el Gobernador de Panamá, Pedrarias Dávila, para conquistar la tierra por su cuenta. Fue construida sobre la vieja ciudad de los Dirianes, Xalteva, y a su alrededor, cuyo nombre ha conservado una parte de la actual Granada. Ahora se pronuncia Jalteva.

Tomás Gage (*A new survey of the West Indies*, 2nd. Edition, London, 1655), un monje irlandés que hace más o menos 250 años atravesó el país y se detuvo algún tiempo en Granada, dice de ella:

“Las casas son mucho más bellas que las de León, y hay un número mucho mayor de habitantes, entre ellos algunos comerciantes de los cuales unos muy ricos. Estos hacen negocios con Cartagena, Guatemala, San Salvador y Comayagua, y por el Pacífico con Panamá y el Perú. Se puede decir que en tiempos de los viajes por galeones esta ciudad era una de las más ricas que se encontraban en esta parte norte de la América Española. Porque los comerciantes de Guatemala temen enviar sus mercaderías por el Golfo de Honduras donde son robadas por los Holandeses que se mantienen entre Honduras y La Habana, y estiman que es más seguro enviarlas con los galeones de Granada hasta Cartagena, pues los Holandeses no se aparecen tan a menudo por estos últimos parajes. De la misma manera se mandan con frecuencia los impuestos reales por este camino sobre el Lago de Granada hasta Cartagena, cuando hay razón de suponer que barcos de piratas se encuentran en el Pacífico o alrededor del Cabo San Antonio”.

Estos tiempos brillantes de Granada han pasado hace mucho y la vieja ciudad ha sufrido muchas trágicas desgracias desde entonces, en parte por los audaces piratas, o por las continuas, desafortunadas luchas con la ciudad rival, León. Hace treinta años, una gran parte de Granada fue destruida por William Walker y de esta última desgracia no ha podido recuperarse aún ahora. De esto dan prueba varias iglesias en ruinas y cuadras enteras de paredes desmoronadas y de construcciones provisionales.

La ciudad se encuentra sobre un terreno que baja en fuerte declive hacia el lago; la plaza se encuentra a unos veinte metros sobre el nivel del mismo. Toda la ciudad está pues construida sobre bajas terrazas y las calles que bajan hacia el lago van de terraza en terraza a través de pequeñas rampas de piedra. Las calles mismas no están empedradas y de ellas sube, en el período seco del año, una sofocante nube de polvo. Las casas, en la parte de la ciudad que está habitada por criollos y ladinos, son generalmente de adobe, y con pocas excepciones, de un solo piso. Conservan el mismo aspecto de las casas de Rivas y tienen al frente, muy a menudo, una veranda o corredor cubierto; las grandes ventanas están cerradas por ventanillas pintadas de verde, azul o rojo. Habitualmente se encuentran protegidas en su mayor parte por fuertes rejas de hierro o de madera. Las

piezas dan una impresión poco elegante, porque las paredes están generalmente pintadas de blanco, sin tapices ni ningún esfuerzo de decoración. Los pisos son, a veces, de ladrillos. En muchas partes se encuentran modernos muebles europeos que resaltan contra las paredes desnudas. Las hamacas, son, sin embargo, aún ahora, los muebles principales de las salas de recibo.

En las afueras de la ciudad se encuentran de nuevo las chozas de los indios, en medio de pequeños huertos. Las chozas tienen tan pequeñas dimensiones que es difícil de comprender cómo las bandadas de chiquillos, desnudos y alegres, pueden tener lugar en ellas. La mayoría de las iglesias de la ciudad están, más o menos en ruinas, debido a Walker, quien durante el sitio de 1856, no contento con prender fuego a la ciudad, dejó que sus "ingenieros" con azadones y hachas destruyeran y con pólvora hicieran saltar muchos de los viejos edificios que resistían los efectos del fuego. Ninguna de las iglesias muestra evidencia alguna de gusto arquitectónico. Lo que más despierta el estupor del extranjero, es el gran número de negocios de toda especie, la mayoría de los cuales pertenecen a la clase más rica y alta de ciudadanos. Y uno se pregunta, ¿a quién deberían ir todos esos principalmente de la clase media o indios agricultores, para quejarse de la presión económica y de los malos tiempos? Los artículos son, por lo general, de mala calidad, parecen, sobre todo, haber salido de subastas alemanas. Los precios son, por el contrario, sumamente altos.

Por todos los habitantes de la ciudad con quienes tuvimos quehacer, fuimos recibidos con la mayor urbanidad y tuvimos todos los motivos para confirmar la fama, bien merecida, que es habitual dar a la hospitalidad criolla. Si hubiésemos tenido un tiempo menos ajustado, podríamos haber pasado días agradables en más de una de las haciendas vecinas. La dificultad habría estado solamente en poder escoger entre las numerosas invitaciones amistosas.

Granada, que en tiempos pasados ha tenido una población de más de 20,000 habitantes, tiene ahora de 12 a 14,000, es decir, del mismo tamaño que la de Rivas. Las vecindades inmediatas no pueden pretender ser bellas si uno no toma en cuenta las laderas cubiertas de bosques del imponente volcán Mombacho, de 1,500 a 1,600 metros de altura.

Cerca de Granada, en la bien demarcada meseta de Diriomo, hay varias pintorescas y pequeñas ciudades indígenas. De estas saca Granada un abastecimiento continuo de provisiones y los productos de la pequeña industria casera indígena. El Departamento de Granada, es a la par de los otros dos Departamentos sobre la costa del Pacífico, el Departamento de Rivas al sur, y el Departamento de León, al norte, el más fértil y mejor cultivado de toda la República. Se cultiva cacao de calidad tan fina que compite con el de Soconusco por el primer lugar en el comercio mundial; además, tabaco, índigo, caña de azúcar, café, maíz y otros productos, y una pequeña cantidad de algodón, para la producción del cual es la tierra extraordinariamente favorable.

En compañía de Mr. Ridgway y de Mr. Salter salí de Granada para hacer una corta visita a la antigua ciudad de Masaya, después de visitar Managua y luego recorrer la región de León. Salimos de la ciudad en un coche, tirado por tres mulas, pero pronto tuvimos que lamentarlo, porque el camino estaba tan lleno de hoyos que era una verdadera tortura sentarse en el coche, el que además, repetidas veces amenazaba volcarse y caer en hoyos de 2 a 3 metros de hondo que se encontraban en el "camino real". Por fin decidimos hacer el último tercio del camino a pie. La distancia entre las dos ciudades es más o menos de 13 kilómetros, con una diferencia de nivel de unos 300 metros. Cuando llegamos a la altura donde Masaya tiene su asiento, dominada por el ancho, poderoso volcán del mismo nombre, tuvimos como recompensa de nuestros sufrimientos, la más bella vista de la región. Los dos grandes lagos se extendían ahora a la vez ante nuestros ojos: el de Nicaragua con sus inquietas olas, coronadas de espumas y el contorno de sus playas desapareciendo al este, hacía contraste con el Lago de Managua y su tranquilo espejo separado por una pequeña banda de verdura, el istmo de Tipitapa. Contra los lagos termina la tierra progresivamente y de manera igual, cubierta de pequeños bosques, aquí y allá, separados por pequeñas manchas de cultivos. Ante nosotros se alzaba el volcán, masivo e informe, unos 700 a 800 metros sobre la ciudad y a sus lados sobresalían volcanes en miniatura, cadenas pequeñas, amarillas, enteramente simétricas, de 20 a 40 metros de altura.

Ahora ha estado el volcán por mucho tiempo en reposo, pero a la llegada de los españoles estaba en plena actividad y casi cada forastero que llega a Masaya, debe oír el cuento de Fray Blas del Castillo, un monje español, quien, en la creencia que la masa en fusión en el fondo del volcán era oro derretido, hizo preparar un gran balde o cubo de hierro, y con una larga cadena dejarlo bajar hacia la ardiente masa. El mismo bajó un trecho dentro del cráter para, codicioso como era, ver de cerca el alzamiento del tesoro. El balde y parte de la cadena se fundieron y medio asfixiada por los vapores de azufre que subían del fondo, hubo el Padre de ser sacado. El cráter es llamado por Oviedo, "el infierno de Masaya".

La ciudad de Masaya es bastante extensa y a un kilómetro y medio antes de llegar a la plaza, se ha cambiado el camino en una ancha calle, bordeada por una hilera de chozas rodeadas de pequeñas huertas unidas las unas a las otras.

Sólo las cuadras alrededor de la plaza están formadas por casas de adobe, con una y otra casa de ladrillo quemado, algo notable en estas regiones. La plaza es grande y espaciosa, plantada de árboles. La iglesia principal que allí se encuentra es a la vez más bella y más grande que cualquiera de las de Granada. La población de Masaya llega hasta algo más de 20,000 habitantes, la mayoría indios puros. La ciudad es conocida por sus diligentes y hábiles habitantes, los que abastecen a una gran parte del país con artículos necesarios, como sombreros de paja y de pita, zapatos, hamacas, jícaras, vasijas de madera o de barro, petates y muchos otros artículos.

La plaza muestra también el espectáculo de una gran actividad, cuando la visitamos a la mañana siguiente. No sólo todas aquellas industrias indígenas estaban expuestas a la venta, a la sombra de los grandes corredores de las casas o en las tiendas a su alrededor en grandes bateas o canastas, sino también, frutas, verduras y otras vituallas y golosinas de toda clase, se encontraban expuestas en grandes, rústicas carretas de bueyes o en canastas sobre mulas o sobre un pequeño pero bien alimentado caballo.

Mas la más grande curiosidad de Masaya es su famosa laguna, una laguna-cráter poco común, de forma alargada de 9 kilómetros de largo por 3 kilómetros de ancho. Se encuentra entre paredones desnudos y abruptos, con su superficie a 115 metros debajo del nivel de la ciudad. Desde tiempo inmemorial las mujeres de la ciudad, varias veces por día, han llevado sus tinajas por el empinado camino de la laguna, llenas de agua para las necesidades domésticas, a pesar de que desde 1872, una bomba a vapor llena un tanque con agua de la laguna, todavía hoy un buen número de mujeres se ocupan en acarrear el agua al modo antiguo.

En Masaya dejamos a Boström para que con la ayuda de algunos jóvenes indígenas recogiera pájaros durante mi ausencia. Cuando regresé había podido llenar su cometido de una manera notable y pudo mostrarme una bella colección de esta región bajo tantos aspectos interesante.

Prevenidos por el "moledor" viajé en coche hasta Masaya, decidimos continuar nuestro viaje a caballo y tuvimos razón de estar contentos con el cambio.

En Nicaragua casi todos los caballos son enseñados al pasitrote y a pesar que quien gusta del trote libre encuentra al principio que el pasitrote es una pobre alternativa, el calor pesado hace que pronto encuentre las ventajas de este otro método.

Desde Masaya salimos por un camino ancho y parejo, bordeado por un ranchito bien cuidado después de otro, hasta Nindirí, situado a 6 kilómetros de distancia, la más encantadora, pequeña ciudad indígena que yo jamás haya visto. Tiene una pequeña pero antigua y venerable iglesia, y calles y plaza cubiertas de bellos y antiguos árboles, de manera que pasábamos a caballo bajo una arboleda a otra arboleda más bella aún.

Las limpias y cuidadas chozas nos miraban del fondo de grandes huertas, cubiertas de tal cantidad de flores perfumadas y de todos colores y de tal abundancia de variadas frutas, que pensamos no haber jamás visto antes la naturaleza tropical en un ambiente tan rico y armónico.

A pesar de que habíamos decidido apurar nuestro viaje, no pudimos menos que pasar algunas horas en este rincón idílico del universo. Visité varias de las casas y encontré por todas partes gente agradable y amistosa y un gran número de bellos rostros, particularmente entre las mujeres.

Como para burlarse de la belleza de la naturaleza y de su fertilidad a sólo algunos kilómetros de Nindirí se extiende un árido y desesperado pai-

saje. Es el "mal país", bajando hacia el Lago de Managua, cubierto por todas partes de una negra capa de lava sin vegetación alguna. Pero esta triste experiencia no dura y pronto estamos de nuevo en el bosque espeso y tomamos nuestro reposo y almuerzo en el Valle de Gottel, un caserío bastante grande a 15 kilómetros de Masaya y a 12 de Managua. El resto del viaje fue sobre tierra ligeramente quebrada, la que muestra numerosas trazas de cultivos y muchas bien construidas haciendas y ranchos. El sol nos atormentó mucho en la última parte de nuestro viaje y con alegría celebramos la vista del lago y la ciudad de Managua, edificada inmediatamente sobre la playa.

Después de haber tomado una pieza en un excelente hotel y haber tomado un baño refrescante, nos dedicamos a visitar la capital de Nicaragua. Nuestras esperanzas no eran grandes, mas no fueron satisfechas, porque a pesar de la bella situación en la playa del bello lago, la ciudad es fea, porque yace llena y largamente sobre la lisa playa.

Managua ha sido la capital sin ningún esfuerzo de su parte. Solamente para terminar la rivalidad y las luchas entre las dos ciudades rivales, León y Granada, fue escogida como la capital. Tiene entre 8 y 10,000 habitantes y ningún edificio que merezca citarse. En sus alrededores se encuentran, al contrario, varias cosas que puedan interesar al investigador y sobre todo las notables lagunas-cráter de Tiscapa, Nejapa y Asososca, además se encuentran en los paredones de estas lagunas y en otros lugares en la vecindad de Managua, pinturas de color rojo, cuyos motivos recuerdan algunos de los dibujos de La Ceiba que he descrito anteriormente.

A caballo me dirigí a la laguna de Tiscapa. Por una quebrada pintoresca y serpenteante se encuentra por fin con un camino que es posible seguir aún a caballo. La laguna es casi redonda, con laderas empinadas, cubiertas de vegetación y en la playa misma hay una vegetación exhuberante, colgando sobre las siempre tranquilas aguas. Su diámetro no llega enteramente a los dos kilómetros. Su nivel se encuentra a 20 ó 30 metros bajo el nivel del Lago de Managua.

De Managua viajamos en un vaporcito que mantiene regularmente la comunicación entre la capital y Moabita, el término de la línea del ferrocarril a León. A pesar de ser pequeño en comparación con el Lago de Nicaragua, es el Xolotlán de los Chorotegas un bello y grande lago. Su mayor longitud es de 66 kilómetros, su anchura máxima de 36 kilómetros, mientras que el Lago de Nicaragua tiene 168 kilómetros de largo y una anchura máxima de 69.

El Lago de Managua tiene en el medio dos anchas puntas que avanzan la una contra la otra dejando entre ellas un canal de 11 kilómetros de ancho. La punta que sale del borde oeste del lago tiene el pequeño volcán de bellas formas, llamado Chiltepe. La que sale del este forma una larga lengua de tierra, cuya extremidad se llama Punta Panamá. Tan pronto como pasamos este estrecho, se alzó ante nosotros el Momotombo.

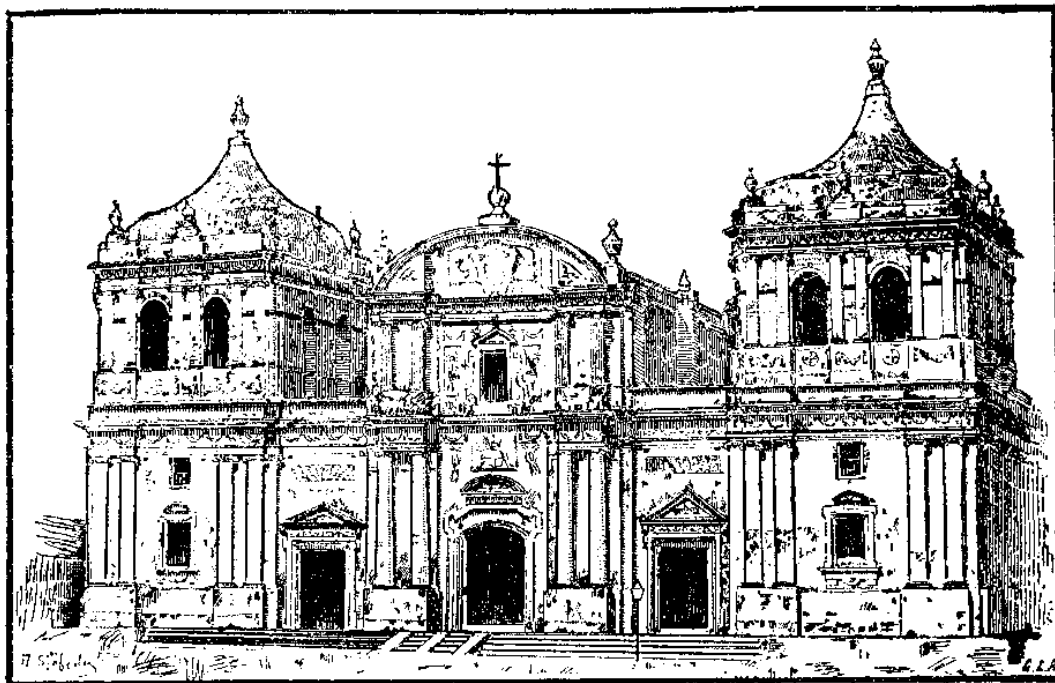


Fig. 78. — Catedral de León.

CARL BOVALLIUS



De su cima inundada de sol se levantaban varias delgadas pero compactas nubes de humo blanco que se elevaban a lo más alto del cielo y que a la clara luz del sol bailaban como círculos de plata encima del volcán. Las nubes son de vapores con una fuerte concentración de azufre que de esta manera se levantan e impiden la vegetación. Al pie de la montaña se encuentran varias fuentes sulfurosas, muchas de ellas a muy alta temperatura. El Momotombo crecía de tamaño a medida que nos acercábamos y por fin pareció ocupar todo el ancho del lago. Su altura es más o menos de 2,000 metros sobre el nivel del mar.

Apenas a dos kilómetros de la playa y al pie del gran volcán se encuentra la isla Momotombito con su pequeña cadena de volcanes verdegueantes. Aquí encontró Squier algunas esculturas, pero todas son en cuanto a su belleza artística bastante inferiores a las encontradas en Zapatera.

A nuestro desembarco en el puerto de Moabita encontramos una llamada diligencia que nos esperaba. El ferrocarril no estaba aún terminado a este lado de León. Por lo tanto, hubimos de prepararnos a tomar lugar sobre las cajas de madera sin resortes que eran los únicos medios de locomoción. No se podían conseguir bestias en el pequeño poblado, apenas compuesto de algunas pocas casas.

Algunos kilómetros al norte de Moabita, cerca del pie del volcán Aso-sosca, se encuentra el lugar donde estuvo la gran ciudad de León viejo. Fue fundada, lo mismo que Granada, por Francisco Hernández de Córdoba en el año 1524. En el año 1610 la mayor parte de la ciudad fue destruida por una erupción del Momotombo y por orden del Obispo Pedro de Villareal se mudaron los habitantes a la gran ciudad indígena de Subtiava, donde se fundó el León de hoy y el que a poco tiempo se volvió la más grande y mejor construida ciudad de la Provincia de Nicaragua. (Fig. 78).

En el año 1636 describió Tomás Gage, (casi el único que nos ha transmitido algo sobre Nicaragua bajo la Colonia), a León y sus alrededores de la manera siguiente:

“Desde aquí hasta Granada es el camino llano y la tierra tan bella y adornada en un tal exceso de frutas y de toda clase de vituallas que uno puede decir, con razón, que la Provincia de Nicaragua es el paraíso terrenal de América.

“La ciudad de León está muy bien construida, porque sus habitantes encuentran mayor placer en tener bellas casas y gozar de la vida agradable en sus haciendas y tener en exceso todo lo que puedan desear para vivir, que atesorar grandes riquezas. Por eso no se encuentra allí la gente rica que uno encuentra en muchas otras partes de América. Tienen placer en mantener bellas huertas, en rodearse de papagayos y de pájaros que cantan, en poder disponer abundantemente de pescado y de carne a buen precio, en vivir en casas agradables, y en llevar una vida tranquila y sin preocupaciones, sin inquietarse en comercio o en intercambios. Tienen, sin

embargo, el lago muy cerca y de allí van vapores anualmente a La Habana sobre el Mar del Norte. Del Realejo podrían también, con la mayor facilidad por el Mar del Sur, hacer comercio con el Perú y México, si tuviesen placer en ello y se atreviesen a viajar tan lejos. Los aristócratas en esta ciudad son casi tan ociosos y tan infatuados que los de Chiapas.

“Es también sobre todo por estas cosas de las cuales uno goza, que los españoles llamaron la Provincia de Nicaragua, el Paraíso de Mahoma”.

El camino hasta León era peor de lo que habíamos pensado, y destrozados llegamos a la ciudad antes de la puesta del sol, después de algunas horas de reposo en Pueblo Nuevo, una ciudad bastante grande situada sobre el “camino real” entre León y Managua.

Los alrededores de León son a la vez sonrientes y extensos, e inspiran aún al viajero más cansado, sentimientos amenos. Cuando aquél, después de haber pasado las chozas de indios, como de costumbre engarzadas en verdura, llega a la antigua y venerable ciudad, ciertamente muy derruida, y que de la torre de la vieja y bella catedral deja sus miradas vagar sobre la extensa y cortada campiña de León, se encuentra asido por la admiración, mezclada de sorpresa, porque un panorama semejante difícilmente se puede ver aún en el trópico. Sobre la campiña ondulada crecen bosques y corren riachuelos en hilillos de plata y ríos entre plantaciones de toda especie, a veces estremecidos cañaverales y campos de maíz verde claro, a veces sombríos cacaotales y platanares de anchas hojas, a veces campos lustrosos de tabaco y huertas de innumerables frutas, y sobre todo, alrededor de las ricas haciendas y chozas de indios, huertos que son verdaderas canastas de flores, brillantes, con colores de fuego. Pero la belleza suprema y, por lo tanto, única, es sin embargo, la orgullosa cadena de majestuosos volcanes que alzándose libremente sobre la planicie de la campiña, levantan sus simétricas cimas contra el cielo claro y radiante, casi todos hasta el vértice revestidos de lustrosos tapices de verdura, o de bosques de todos los variados tonos de la vegetación. Algunos de ellos lanzan al cielo diáfanas nubes de humo, como para recordar con una advertencia, que no están allí sólo para decorar el paisaje.

Además del Momotombo, que parece haberse salido del grupo y que en la lejanía muestra su amenazadora azul rojiza frente, están en fila desde el sur: el Asososca, Las Pilas, el Orotá, el Telica, el Santa Clara, el Viejo, y el Chonco. Detrás de ellos alzan las Montañas de los Maribios, sus cabezas rugosas como para dejar resaltar más claramente contra sus masas, redondeadas y salvajes, las formas simétricas de los brazaletes de volcanes.

La campiña de León está muy cultivada y densamente poblada y tiene más de la cuarta parte de los habitantes de la República que en su totalidad podría estimarse ahora en más o menos 280,000 personas.

La ciudad misma tiene, si se cuenta en ella, la inmediatamente vecina Subtiava, una gran extensión, con una población de más de 25,000 habi-

tantes. Las casas son a menudo de dos pisos, algunas muy bellas, y entre ellas es el Palacio del Obispo tal vez la que más llama la atención.

De las iglesias es la Catedral la principal. Sencilla y majestuosa, pero baja, probablemente construida así por temor a los frecuentes temblores. La iglesia del Calvario y la de la Merced son bellas y sólidas. Entre otros trabajos de construcción merece nombrarse un viejo y sólido puente de piedra canteada que une ambos lados del arroyo de Guadalupe.

Las principales calles de la ciudad están cubiertas de piedras, pero de una manera que las hace apenas más cómodas que los caminos comunes. La parte indígena, Subtiava, ofrece la misma amena y pacífica acogida que las más de las ciudades indígenas del país, pero sus habitantes parecen dedicarse menos a industrias caseras que los indios de Masaya.

De León fuimos por tren a Corinto. El viaje fue uno de los más agradables que se pueden hacer, debido al maravilloso panorama que interminablemente se desarrolla ante los ojos del viajero.

La vía férrea corre casi paralelamente a la cadena de volcanes, primero hasta Telica, al pie del volcán del mismo nombre, después más lejos por Chichigalpa y Posoltega, dos ciudades prósperas y limpias, habitadas principalmente por indios, y luego por Chinandega, la bella y hospitalaria capital del Departamento de Chinandega.

Este ha tenido mucha importancia como centro del comercio del indigo, pero como consecuencia de las constantes revoluciones, esta rama del comercio ha sufrido mucho. De Chinandega toma la línea férrea hacia el sur, pasa por un largo y sólido puente de hierro sostenido por pilastras de piedra el ancho Estero del Limón, y sigue la estrecha y larga Isla de Los Aserradores hasta su extremo sur, donde tiene su terminal en el pequeño puerto de Corinto. Aquí volví a ver, por quinta vez, durante mi viaje el Océano Pacífico y sus tranquilas y majestuosas olas.

El puerto de Corinto es excelente y enteramente defendido de todos los vientos. Corinto, la Bahía de Fonseca y el Golfo de Nicoya, son los únicos verdaderos puertos de la costa occidental de la América Central. Hay que lamentar que el puerto de Corinto no esté situado en Brito, entonces tendría el Canal de Nicaragua un excelente término en el Pacífico. Antes era El Realejo el puerto de la costa occidental de Nicaragua y muy reputado por la seguridad que ofrecía a los barcos y al mismo tiempo por la riqueza de maderas para construir navíos que allí se encontraban. Fue allí donde Alvarado construyó una flota para luchar con Pizarro por los tesoros del Perú.

Del puerto del Realejo como era al fin del siglo XVII, encontramos detalles exactos en Dampier, porque tomó parte en la expedición que bajo el mando de los jefes, célebres en los anales de la piratería, Townley, David, Swan y Harris, se hizo contra León desde El Realejo en 1687. León, en-

tonces, fue tomado, saqueado e incendiado. El Realejo que era entonces una importante ciudad de comercio, con tres iglesias, un gran hospital, y una población acomodada, sufrió la misma suerte.

El puerto, además, se ha llenado de arena, de manera que ahora es sólo accesible a barcos de fondo chato y a botes. Sus habitantes, en su mayor parte, han emigrado a Corinto.

De Corinto regresé, por el mismo camino que vine, hasta Granada, después de varias excursiones en distintas direcciones en la región de León y en los alrededores de Managua y Masaya.

En Granada subí a bordo de mi vieja embarcación la Isabella, después de dos semanas de viajes por el Lago de Nicaragua y después de muchas bajadas a tierra en las islas y en la costa de Chontales, desembarqué en San Carlos, me despedí de Ignacio y arrendé un bote grande en el cual bajamos lentamente el río San Juan hasta San Juan del Norte. Después de una larga estada allí y de viajes a lo largo de la costa, abandonamos, en Abril de 1883, la pequeña y acogedora ciudad de San Juan del Norte y la encantadora Nicaragua, para regresar a Suecia, pasando por Inglaterra.